

## **Los estudios etarios como estudios culturales<sup>1</sup>** **Más allá del *slice-of-life*<sup>2</sup>**

Margaret Morganroth Gullette

Pero la mente humana no, nada tiene que ver con la edad.  
Mientras digo esto se me llenan de lágrimas los ojos.  
GERTRUDE STEIN, 1936 (a la edad de 62 años)

### **Dividiendo el curso de la vida en "etapas"**

**D**urante el último siglo en los Estados Unidos, conforme la edad se ha convertido en una herramienta para dividir categorías y determinar subjetividades, el concepto de "etapa" de la vida se ha vuelto más prominente y realiza cada vez más esa labor enfática. Empecemos con la imperiosa tendencia a segmentar la vida continua en partes imaginarias, que es reificada por las denominaciones. Mi análisis de la guerra fraguada entre la generación X y los *boomers* apunta hacia dicha tendencia. El Occidente había logrado arreglárselas durante mucho tiempo con menos categorías (niñez, juventud, madurez, vejez), con fronteras difusas entre ellas y entremezclando las unas con las otras. Sin embargo, alrededor de la década de 1880 empezamos a atestiguar la rápida sucesión de reescrituras de la vejez como problema médico, de la invención de la jubilación, la "pediatría", la "gerontología", la "geriatria", la "adolescencia", los años de la mediana edad, el traslado del climaterio masculino de los 63 años a la mediana edad, las "*flappers*", la "Generación Perdida", la "madre que estudia un posgrado", el "nido vacío". Todo esto había ocurrido hacia mediados de los años treinta en los Estados Unidos. A partir de entonces, podemos identificar la aparición de los "adolescentes" en los años cuarenta, los "*baby boomers* envejecidos" en los ochenta y las "generaciones X y Y" en los noventa (Chudacoff 1989;

<sup>1</sup> Este texto conforma el décimo capítulo del libro *Aged by Culture*. Se reproduce aquí su versión traducida con permiso de la autora. © Margaret Morganroth Gullette

<sup>2</sup> *Slice-of-life* hace referencia a una categoría de texto realista en la que se presenta una secuencia fragmentaria de eventos de la vida de una persona sin que necesariamente haya un conflicto, un clímax o una resolución (N. de la T.).

Cole 1992; Graebner 1980; Spacks 1981; Gullette 1995). Decir "cenizo" y "dorado" ya no es referirse a colores, sino a denominaciones de edad. Los nuevos personajes traen consigo sus pseudobiografías. Encima de todo esto, ahora existen los "viejos jóvenes" y los "viejos viejos". Los gerontólogos mismos han creado subdivisiones de la vejez; se trata de un gran catálogo de ficciones de etapas.

Quienes han nacido lo suficientemente tarde en la historia como para ser vulnerables, cargan no sólo con una denominación de clase etaria, sino también con una de las llamadas "cohortes" encima de la "generación". Las categorías difusas (llamadas "etapas" sin comillas por aquellos que se niegan a considerarlas invenciones culturales) son promovidas por la ciencia social dominante, mientras los periodistas repiten como pericos estas etiquetas. Se trata de identidades que en ciertos contextos pueden dominar por encima de todas las demás. La "vejez" fue quizá la primera categoría etaria que sufrió esa desindividuación, esa degradación (Cole 1992: xix; Gruman 1978); sin embargo, esta tardía inclinación hacia la cosificación se ha extendido a etapas más tempranas del curso de la vida. Hoy en día, "tener cincuenta" o ser "de la generación X" puede parecer más significativo en algunos contextos que, por ejemplo, ser mujer, chicano o gay, no sólo en el imaginario dominante del curso de la vida, sino también para la persona en cuestión. Se supone que pertenecer a una categoría etaria permite predecir ciertos atributos, estilos (o incluso más marcadamente, "culturas"), intereses grupales, valores y hasta sentimientos. Algunas personas se ajustan casi instantáneamente para encajar, o decir que encajan, en la descripción más reciente de su grupo etario designado. La edad misma, que de hecho es neutral, puede servir como indicativo de envejecimiento como decadencia y por lo tanto puede desplazar a otras identidades personales e idiosincráticas. Se podría agregar la edad —no sólo la vejez, sino cualquier otra etapa— como otra identidad que, al faltar una conciencia crítica (a través de la crítica cultural, la autobiografía etaria, el movimiento antidecadentista), puede parecer totalizadora. Ahora bien, no todos los individuos en todo momento viven la clase etaria, la etapa, la cohorte designada o la generación como categorías inflexibles principales. Como observó Glenda Laws, "la edad es intermitente". La cultura todavía insiste en el género, la clase, la orientación sexual y la raza. Las atribuciones de la clase etaria cambian con el tiempo para algunos (como los de la generación X), por lo que se puede afirmar que hay cierta flexibilidad dentro de algunas designaciones. "La mediana edad" no tiene fronteras distintivas: es peligrosamente maleable. Todas las fronteras son

turbias, y deben serlo, pues no tienen una realidad objetiva. Las personas pasan de una clase etaria a otra, pero no cambian de cohorte designada (los de la generación Y no pasan a ser de la X). Transitamos entre *sentirnos o no* envejecidos por la cultura.

La diferencia por edad es otra de las "fronteras esencialistas" que puede utilizarse para dividir a la ciudadanía y a la fuerza de trabajo y así dificultar la existencia de coaliciones políticas (Brown y Martin 1995: 63). Genera un consenso aparente de que ciertas clases etarias son hostiles entre sí. Entre los dos segmentos que más destacan en la actualidad, los adultos jóvenes y la mediana edad, se dice que las ventajas de poder son cada vez más competidas —respecto a quiénes merecen los empleos, la seguridad social, un futuro—. Los conceptos "juventud" y "niñez" se usan contra los viejos. Estos últimos —muchos de los cuales son irremediamente pobres— son representados por lo regular como "vejetes avaros" que poseen riquezas históricas. Sin embargo, en una época en la que se ha vuelto norma hacerse viejo antes de morir, los milagros de la salud pública y la farmacología no evitan que la longevidad sea realmente problemática para quienes la viven.<sup>3</sup>

Sin importar qué tan bien le esté yendo a muchos viejos, el adjetivo "anciano" se ha convertido en un problema, debido a que se trata de un símil devastadoramente intratable. Decir "ancianidad" es impensable, así que se requiere de un eufemismo: "envejecimiento" ocupó y sigue ocupando su lugar, pero también ha llegado a tener el significado implícito de decadencia e incluso se llega a aplicar a los jóvenes, como cuando se dice que "la generación X está envejeciendo". "Joven" y "viejo" son, por lo regular, formas sencillas de implicar "bueno" y "malo". El tropo circula en todo tipo de discursos, desde la biotecnología hasta la música pop, desde las ciudades "jóvenes" a las industrias "en ocaso", de la "vieja" Guerra Fría a la "nueva" economía globalizada.<sup>4</sup> Cuando un gobierno no da mantenimiento a sus barcos, la prensa evita señalar responsables llamándoles de forma condescendiente "flotas envejecidas"; las viviendas urbanas descuidadas han pasado a ser "unidades habitacionales añosas". Cuando los gerontólogos

<sup>3</sup> Incluso en tiempos anteriores y en lugares donde la expectativa de vida era cuarenta o cincuenta años, la realeza y los ricos —incluyendo a las mujeres que sobrevivieron el parto— vivían largas vidas. Esto sigue siendo cierto.

<sup>4</sup> Sobre el etarismo en el discurso biotecnológico, véase Woodward (1994); sobre la retórica de la juventud durante la Guerra Fría, véase Medevoi (1997a).

inventaron por primera vez los conceptos "viejo joven" y "viejo viejo", se trataba sólo de divisiones cronológicas burdas. Luego los términos pasaron a ser evaluativos, ya que no eres realmente un "viejo viejo" a menos de que estés viejo y enfermo. Sin embargo, si tienes ochenta y ocho, estás sano y manejas un organismo sin fines de lucro de medio tiempo, como lo hace mi madre, ¿puedes negar que eres un "viejo viejo"?

*Todas* las etapas después de la preedíptica han sido problematizadas. Se percibe que la niñez está en un riesgo cada vez mayor, y aún se discute si es a causa de la pérdida de la inocencia o de la pérdida de la autonomía. También se considera que los niños son peligrosos; una prueba de esto se supone que son los suicidios entre niños de primaria, a pesar de que han disminuido considerablemente desde hace tres décadas (Males 2001: 3). Aunque la "juventud" es objeto de culto, algunos la perciben como un conjunto de crisis (drogas, crimen, suicidio, desempleo). La juventud siempre ha sido y sigue siendo una "edad peligrosa", desde los chicos y chicas malas y los *Beat* de los años cincuenta, hasta las juventudes del 68, los *yuppies*, los raperos de los ochenta, y los buenos para nada, los vividores, las zorras y las madres adolescentes de los noventa. En los años noventa, la prensa inventó el término "superdepredadores juveniles", a pesar de que se sabe que los crímenes más violentos los cometen los adultos.<sup>5</sup> Incluso cuando la salud y el dinero dan brillo al estereotipo de los ricos a medida que dejan la juventud atrás, la mediana edad disminuye sus perspectivas, de modo que es cada vez menor la edad en la que empieza a temerse —criticarse y ser objeto de burla— el estado de ser "no joven". La "vejez" se está convirtiendo en una alarma de incendios.

Las cuestiones negativas ligadas a una edad o una etapa se han propagado a lo largo del curso de vida. El discurso popular relativo a la edad se ha multiplicado: los adagios y las bromas, la inserción de la edad en temas cotidianos (salud, alimentación, ejercicio). Aún hay mucho por decir si se quiere estar al día, y cada vez hay más ocasiones en las que se espera que se hagan referencias a la edad (por lo general con sus desventajas patentes). Todos los que cuentan sus memorias personales ponen mayor atención que antes a la edad, a las edades previas. Me doy cuenta de esto en las conver-

<sup>5</sup> Sobre la adolescencia como una "edad peligrosa", véase Spacks (1981: 91) y Hareven (1995: 123); sobre los "chicos malos" de los cincuenta, véase Medevoi (1997b). Sobre la tendencia excesiva a calificar a los adolescentes de criminales, véase Templeton (1998: 13-14).

saciones, y me parece tanto aburrido como aterrador. Aunque el término "crisis" suele asociarse sólo a la mediana edad, y sólo la "vejez" carece de un nombre cortés para denominarla, las reconstrucciones que se hicieron durante el siglo pasado han logrado plantear cada etapa del curso de la vida como una forma de crisis. Cada edad es problemática; o más bien *tener* una cierta edad es el verdadero peligro.

Aunque este es sólo un breve resumen, comprende los extraordinarios cambios modernos y posmodernos en este aspecto particular de la edad, el *desmembramiento* del curso de la vida: entre más categorías etarias y mayor énfasis en las divisiones entre ellas, mayor es la creación de estereotipos etarios y, por tanto, mayores las posibilidades de hablar y pensar en la edad. Lo que podría llamarse de manera más formal el "modelo de crisis secuencial" de las edades ocurre dentro de una narrativa decadentista y al lado de la coerción para cambiar de forma perpetua sin envejecer jamás. La edad como sistema se vuelve cada vez más totalizante, mientras que el hábito de pensar en ella como algo natural se ha atrincherado con mayor profundidad. Aún no conocemos el rango total de sus efectos; sin embargo, las lágrimas de Gertrude Stein ya habían respondido, en mi opinión, a los primeros indicios del cambio (Stein 1973: 63; Gullette: 1993), ya que, para Stein y sus contemporáneos, la narrativa científicista de la decadencia causaba dolor al asegurar que la creatividad irremediablemente disminuye con las hormonas. Como poeta y filósofa, fue capaz de negar y al mismo tiempo admitir las lágrimas en el mismo suspiro comprimido. No tuvo que fingir felicidad. Quizá es que entonces había una menor censura por parte de las imágenes positivas contra el envejecimiento. Ningún individuo que esté expuesto a las aculturaciones dominantes actuales puede salir ileso del discurso cultural etario y de las narrativas sobre el envejecimiento, en sus íntimas valoraciones, los juicios de otros, las prácticas autobiográficas, las expectativas tangibles y las tendencias hacia la nostalgia.<sup>6</sup> Potencialmente, todos nosotros, sin importar nuestra edad cronológica, podemos reconocer que tenemos un papel en los estudios etarios. Su objetivo no puede con-

<sup>6</sup> La cuestión sobre quién podía ser relativamente inmune al concepto de decadencia en la mediana edad es de inmenso interés potencial: los gerontólogos y críticos etarios, la gente de subculturas o religiones que mantienen los valores tradicionales, las feministas, la gente con una resistencia narcisista instintiva hacia las fuerzas derogatorias, el 10% superior de la curva salarial; los miembros de estos grupos pueden tener algún tipo de inmunidad.

vertir a la edad en algo irrelevante —ya es demasiado tarde para ello—, sino que debe entender cómo y por qué la edad está siendo enfocada con tanta insistencia.

\* \* \* \* \*

Los estudios etarios tienen como objeto, idealmente, realizar este trabajo en general. Mas en lo que compete al estudio de las "etapas" desmembradas, se ve ofuscado por los fragmentarios acercamientos del tipo *slice-of-life* inherentes a sus subdisciplinas. Para fortalecer este campo emergente, deseo argumentar en este punto que hay una gran necesidad de convergencia entre la gerontología crítica y los estudios culturales.<sup>7</sup> Otras aproximaciones, cuyos imaginarios sobre el curso de la vida son más continuos —como la teoría de la auto/biografía, la antropología de campo, la historia social o la psicología del desarrollo—, también podrían fundirse con los estudios culturales para enfocarse de forma crítica en la división del curso de la vida en etapas. Espero que lo hagan. Mis dos puntos de partida actuales tienen significación simbólica.

Para converger, los gerontólogos críticos tendrían que expandirse más allá de sus áreas de especialidad, de la vejez y los viejos. Tendrían que lidiar con el hecho de que suelen atorarse inconscientemente en la mediana edad (incluso las feministas que escriben sobre las mujeres usan los cuarenta o cincuenta años de la "vida tardía" como el Otro de la juventud sin hacer mayor comentario). Al reconceptualizar, los gerontólogos se descubrirían explotando lo que Christoph Conrad ha llamado "esa unidad artificial" sobre la que se ha basado la "competencia autodefinida" de la gerontología (Conrad 1992: 66). Cuando los críticos culturales, cuya relación con la edad está más bien enterrada en el subconsciente, voltean la mirada hacia "la edad", en su mayoría inciden en una forma de juvenismo. "Los jóvenes" (que suelen ser casi siempre hombres de contextos urbanos) ocupan el lugar del proletariado como una clase vanguardista; sus gustos encantan de nueva cuenta el fenómeno de la cultura pop. Ya sea como el resistente sujeto sexy de la crítica o como una especie en peligro de extinción, la juventud desplaza a todos los Otros. Los críticos culturales tendrían que volverse

<sup>7</sup> Aquí pongo entre paréntesis tanto a las diversas "ramas" de la gerontología crítica como al hecho de que sus teóricos son percibidos como "periféricos" por el resto del campo (Achenbaum 1997: 21, 23).

lo suficientemente conscientes de la "edad" como lo han hecho con otras categorías de la diferencia.

La gerontología crítica y los estudios culturales comparten ideas y valores que les permiten entender la ideología etaria, y proporcionan herramientas complementarias para confrontarla. Ambos campos, influenciados por el feminismo, el posestructuralismo, las teorías multiculturales y las de izquierda, comparten el compromiso de examinar las prácticas culturales, las condiciones económicas y las políticas públicas desde la perspectiva de su nivel de participación con el poder. Aunque ambas disciplinas tienen conciencia histórica, su nivel de participación en el fluctuante mundo contemporáneo las vuelve consciente y nerviosamente "presentistas". Sus practicantes tienen el compromiso de permitir que la gente se vuelva y permanezca activa, de ser agentes activos. Harry Moody describe la gerontología crítica como una disciplina enfocada en "los problemas de justicia social [...] que interpreta el significado de la experiencia humana [...] y comprende las tendencias culturales". Stuart Hall, el carismático ex director del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, Inglaterra, explicaría su disciplina en palabras similares. Ambas aproximaciones saben que la cultura lidia literalmente con la vida y la muerte; sirva el racionamiento de los servicios de salud como ejemplo de esto (Moody 1993: xv; Hall 1992: 278; Bennett 1992; Bell 1997: 158).<sup>8</sup>

Finalmente, algunos gerontólogos podrían ser considerados "intelectuales orgánicos" en situaciones que los críticos etarios —que saben que el término viene de la obra de Antonio Gramsci— podrían imitar. Estos intelectuales públicos —muchos de los cuales son feministas— hablan de, desde, para y por el grupo que estudian. Pienso en Barbara MacDonald, Baba Copper, Maggie Kuhn, Bernice Neugarten, Betty Friedan, los Riley, entre otros. Sus esfuerzos han involucrado a la gente en un movimiento autoconsciente (con organizaciones adjuntas, como las Panteras Grises), que aboga en favor de políticas públicas progresistas. Hay personas que aunque no conocen el significado de "clasificación según el grupo etario" llaman a sus legisladores cuando los derechos de los viejos se ven amenazados. Hacen que sea más difícil para los medios disipar estas amenazas. Los estudios etarios también necesitan crear su propio grupo de presión de interesados.

<sup>8</sup> El sida en África sería otro ejemplo.

No es una tarea fácil. ¿Quién habla en nombre del curso de la vida? ¿Cómo podríamos aprender a hacerlo?

Una transfusión mutua de palabras clave puede ser la forma y medida de intercambio. *Keywords in Sociocultural Gerontology* es el título que Andrew Achenbaum, Steven Weiland y Carole Haber tomaron prestado, como lo mencionan en el prólogo, de uno de los fundadores de los estudios culturales: Raymond Williams (Achenbaum, Weiland y Haber 1996). La decisión exacta de qué conceptos deben de ser propiedad de la comunidad podría ser —o al menos a mí me gustaría que lo fuera— una cuestión filosófica intrincada. Aquí propongo sólo una lista corta, para tratar de provocar la producción de inventarios más completos sin elevar el nivel de incomodidad de forma prematura. Los estudios etarios deberían estar tan listos para usar tanto "representación" como "estratificación por edad", tanto "coyuntura histórica" como "etarismo", tanto "hegemonía" como "conciencia etaria".<sup>9</sup> Los estudios etarios deberían lidiar de forma tan expedita con los "imaginarios del curso de la vida" como con los "de la juventud" y los "de la vejez". Deberían ser como otras disciplinas humanísticas socialmente orientadas y también como las ciencias sociales que son históricas y materialistas y están narrativamente orientadas, en tanto que todas estas tienen habilidades textuales y están en armonía con el discurso científico tanto como lo está la teoría feminista. Sería un campo de estudio ideal.

Sin embargo, en realidad es un "campo" que casi ni existe, que apenas en 1993 recibió su nombre, aunque esto no tiene por qué ser necesariamente desalentador. Los estudios culturales mismos, que datan tan sólo de los años sesenta y que han sido descritos por algunos de sus practicantes como "imposibles", han provocado inmensas reorientaciones cognitivas. La reconciliación de ambos, sin duda, no estará libre de altibajos. Los estudios etarios hacen una oferta que tanto la crítica cultural como la gerontología crítica —con sus honrosas excepciones entre las facciones feministas y humanistas— han rechazado de forma un tanto consistente: esto es, el estudio de las narrativas, puesto que estas son coautoras del curso de la vida. Es muy evidente la sensibilidad de los críticos culturales hacia las historias que son inherentes a la cultura de masas (como las encuestas periodísticas, las entrevistas, la televisión por cable, los clubes literarios, la música

<sup>9</sup> Curiosamente, los términos "coyuntura" y "representación" también están ausentes de *A Dictionary of Cultural and Critical Theory*, editado por Michael Payne.



pop, las novelas rosas, y las prácticas como la moda, el fisicoculturismo y el karaoke), que ponen a la par de otros tantos signos e instrumentos de conciencia como diarios, poesía, ficción, películas, el caso psicoterapéutico, el sermón. Sin embargo, la mayor parte de los críticos culturales no tiene buen olfato para la narrativa. En los estudios etarios, el análisis coyuntural requiere sensibilidad hacia las formas en las que "los problemas y asuntos" históricos permean las historias de vida. Conforme evolucionamos, la edad y el envejecimiento se vuelven un residuo personal, de historias que hemos escuchado, recibido o rechazado, renegociado y vuelto a contar. El análisis etario vincula todos estos vehículos ideológicos, cuando le es posible, a las retóricas y políticas sobre la edad y el envejecimiento. La especulación es la fuerza de resistencia —el poder y el riesgo— de todos los estudios culturales. Como un puente que une el archipiélago cuyos muelles deben estar sobre varias islas, los estudios etarios deben expandirse en todas las direcciones en busca de un alcance explicativo.

En este punto es imposible y prematuro tratar de examinar la totalidad del espacio en el que estos dos corpulentos jugadores se aproximan uno a otro. En cambio, presento a continuación tres "casos" que involucran una aproximación crítica a estudios recientes sobre etarismo, etarismo en la mediana edad y crisis de la juventud (voy cronológicamente hacia atrás, en la prosecución de mi método experimental). Fueron elegidos *como casos* que me permitieron fijarme en las direcciones similares a las que pueden orientarse los estudios etarios, nombrar los problemas particulares que pueden mermar su efectividad y demostrar que el trabajo hacia una nueva coyuntura es emocionante y productivo. Es más, justamente son los retos que plantean los estudios etarios los que los vuelven el lugar ideal para realizar el trabajo que se presenta a continuación.

### *Caso 1: en contra del etarismo y la gerontofobia*

En su crítica a "la ideología fundamentalmente etarista de la cultura occidental del siglo XX", Kathleen Woodward, en su emblemático libro *Aging and Its Discontents*, se enfoca en el psicoanálisis freudiano y en la literatura canónica moderna. Por medio de la sutil lectura que hace de fotografías, cartas, ficción y teoría; de la combinación de reto y respeto por sus influyentes fuentes; de su perspectiva acerca del terco rechazo de varias personas que viven en cuerpos viejos o enfermos a ser reescritos de forma positiva, y de la escritura casi siempre positiva de su propia experiencia, Woodward hizo de la vejez algo textualmente *interesante*. Aunque no acepta la idea de la vejez como un

"significante vacío", vacía de significado varias representaciones etaristas y de pánico gerontofóbico (Woodward 1991).<sup>10</sup> El libro proporcionó ímpetus para cuestionar el etarismo (y, por añadidura, el etarismo en la mediana edad, el culto a la juventud, etc.) en las posiciones más altas de la cultura.

La clave de su argumento es que el etarismo dentro del psicoanálisis freudiano (que de forma atinada describe como "una teoría principalmente de la infancia") proviene de la propia autobiografía del Freud maduro. Tenía cuarenta años cuando su padre murió; "mucho después de que su vida hubiera acabado", según creía el hijo. En opinión de Woodward, "las personas de mediana edad son las más aprehensivas hacia la vejez". También Freud se vio envejecido por su cultura al interpretar su propia experiencia; quizá se vio influido por el mismo parloteo sobre decadencia hormonal que provocó las lágrimas de Gertrude Stein, pues creía haber experimentado un climaterio a los cincuenta. Una vez que asoció la mediana edad con la decadencia, prestó una más cuidadosa atención a su propio descenso progresivo hacia la vejez. "Freud consideraba que envejecer era más amenazador que la muerte misma" y "desplazó su miedo a la vejez hacia la muerte". Dado que había basado la transferencia en la catexis sexualizada, concluyó que la verdadera base para el análisis le había sido negada en la vejez pues, como le dijo con frustración al poeta H. D., "No consideras que amarme sea digno de tu tiempo" (Woodward 1991: 26, 35, 82, 38, 51). Construyó una "teoría" sobre la rigidez psíquica que avanza con los años, no sólo en las mujeres de más de treinta, como es bien sabido, sino también en los hombres. Al respecto, Teresa Brennan comenta que "los analistas posteriores lo tomarían en serio y estarían en contra del análisis de las personas de más de cuarenta, argumentando que la psique ya está demasiado arraigada a sus caminos" (Brennan 1999: 134).

La teoría antietarista de Woodward está construida de tal forma que invita al desarrollo de otras líneas de investigación. Su capítulo sobre Freud llevó a Brennan a meditar sobre las causas de la "rigidez" que no están vinculadas a la vejez, ejemplificadas por la "'madre de una gran familia', de Iris Murdoch, por lo general acabada antes de tiempo", o por la gente que tiene razones para ser "demasiado rígida" a los cuarenta. En uno de los ensayos de la importante colección *Figuring Age*, Brennan ofrece una

<sup>10</sup> Sobre la diferencia entre etarismo y gerontofobia, véase Woodward (1992).

teoría del desarrollo del ego que hace que desde la infancia sea necesario aprender lecciones, establecer "puntos fijos" para el yo y seguir "caminos" de forma interactiva. En el proceso, el ego debe "atar" la "energía libremente móvil que era tan abundante en su juventud". La desventaja (en Freud la energía es finita) es que esto reduce el nivel de energía para otros proyectos. A largo plazo, asegura Brennan, "entre más veamos las cosas desde nuestro punto de vista fijo, el ego es más fuerte; [...] [nuestros caminos están] más sedimentados, [...] *envejecemos más y nos acercamos más a la muerte*" (Brennan 1999: 134, 137-138 [las cursivas son mías]).

Brennan se rehúsa a ver este viaje psíquico como uno ahistórico, desprovisto de género, uniforme e irreversible, y por tanto nos recuerda de forma brillante las causas sociales. Se debe a que una "parte masculina" más fuerte busca "ahuyentar el envejecimiento" y reducir la ansiedad ante las amenazas de cambio que él (porque suele ser un hombre) acerca de forma parasitaria a las energías nutritivas de otro; además proyecta "aquello que está determinado por la ansiedad y es confuso" hacia "la parte femenina", la cual lo absorbe. Del mismo modo, conforme envejecemos, tanto hombres como mujeres debemos no sólo lidiar con nuestra propia sedimentación, sino también con "los desperdicios" producto de los afanes de los jóvenes y poderosos Otros (Brennan 1999: 140). Las imágenes culturales, según la teoría de Brennan sobre los yos permeables, tienen efectos "energéticos". Cuando son negativos, se acumulan sobre los vulnerables subalternos como una forma de desperdicio anaeróbico.

Sin embargo, Brennan encuentra diversas prácticas que se contraponen a la rigidez: ver una obra de teatro, meditar, tener la suerte de una "jubilación jubilosa". Se supone que una de ellas también puede ser unirse al movimiento de los estudios etarios. Muchas prácticas "concentran su energía psíquica en aquella conciencia novedosa y estimulante que está libre del yo" (Brennan 1999: 134).

Considero que el ensayo de Brennan lleva la psicología del yo hacia el campo de la política cultural. En su teoría, aunque la construcción de los caminos que sirven de apoyo al ego comienza a edad temprana y es progresiva, su componente negativo puede agravarse o atenuarse a cualquier edad. Puede que sea posible desligar aún más la rigidez psicocognitiva de sus mundanas y sucias metáforas de "sedimentación", "desperdicio" y "encostramiento". Me parece que estas vinculan la decadencia a la edad (y, de forma irracional, a la muerte), a pesar del intento deconstructivo de Brennan. Podemos notar que incluso en una fase de la vida centrada en el

ego, como la adolescencia, la costra puede romperse cuando el individuo se enamora o se encuentra con la intensidad de los estudios universitarios. Si la ansiedad ata a la energía e incrementa la crueldad interpersonal, los críticos etarios bien podrían publicar inventarios cada vez más grandes de las fuentes de ansiedad construidas por la sociedad: la obsesiva necesidad de cambio del capitalismo que está motivada por las ganancias, el agotamiento de los cuidados infantiles y de los parentales, el exceso de trabajo. Las respuestas al síndrome biosocial, formado por los caminos vinculados por la ansiedad, la proyección y el parasitismo, vendrían, sin duda alguna, de la política (sin detenernos en los productos antienviejimiento): más aumentos y más poder a medida que la gente de las clases desfavorecidas envejece, más discusión sobre la relación entre el fin de semana (traída a ustedes cortesía de los sindicatos de trabajadores de los Estados Unidos) y una sexualidad feliz, más control de los trabajadores sobre las condiciones del empleo. En pocas palabras, es la agenda de los "valores familiares" junto con el énfasis adicional que da Brennan a los beneficios psíquicos y éticos.

Aún más importante es que podemos cuestionar el vínculo entre la "energía móvil libre" y los infantes que no pueden gatear o hablar. El uso de la energía creativa, en oposición al potencial, suele venir (en el caso de aquellos que tienen libertad debido a la clase a la que pertenecen) con la agencialidad de los adultos. Esa libertad puede incluso durar después de que la enfermedad debilita al organismo: pensemos en Flannery O'Connor escribiendo a pesar del lupus. Por otro lado, debido a que el trabajo puede ser tan demandante, la libertad para la creatividad puede sufrir tan sólo después de la jubilación, como le ha ocurrido a muchos artistas "ajenos". La inercia no tiene por qué ser un correlato del aumento de edad. Incluso en las circunstancias menos óptimas podemos volvernos más enérgicos si encontramos el amor recíproco o un trabajo estimulante. Podemos volver a concebir los antiguos caminos que hemos "creado cariñosamente" como hitos de la identidad, al tiempo que reconocemos que también hemos comenzado nuevos caminos estimulantes en otros lugares. ¿Quién tiene la autoridad para decir que la "sedimentación" es inherente al ser humano? Como seres doblemente múltiples, ¿acaso no podemos experimentar a cualquier edad cierta fijeza buena, cierta fijeza innecesaria, cierta movilidad buena y cierta movilidad excesiva al mismo tiempo? ¿Podemos aprender a percibir que los porcentajes cambian de forma irregular a lo largo del curso de la vida? Todo este material podría formar parte de nuestras autobiografías etarias.

Quizá la deconstrucción de la gerontofobia también requiere cercenar múltiples suturas entre las metáforas del "envejecimiento" genérico (como la energía prestada y los sedimentos pesados) y la de la "pulsión hacia la muerte" que Freud planteó. Woodward afirma que "para poder reescribir por completo la ideología del cuerpo envejeciente en Occidente, tendríamos que reescribir el significado de la muerte. Y esto es algo que es improbable hacer con facilidad" (Woodward 1991: 19). Aunque ella misma comienza con el cercenamiento de varias maneras. La propia desesperanza estoica de Freud de hecho tenía poco que ver con la edad per se: como señala Woodward, durante dieciséis años se sometió a múltiples cirugías a causa del cáncer.

Si no partimos del psicoanálisis, sino de la sociología crítica, de la historia o de la memoria antietarista, la "muerte" puede ser diferenciada con mayor facilidad de la vejez. David Sudnow argumentaba hace años, después de haber presenciado 250 muertes en hospitales, que las "definiciones procesales" (que ocultan el momento de la muerte de una persona a otros pacientes) tratan el morir como algo distinto incluso de la enfermedad severa. Hace años, cuando ayudé a cuidar a mi padre que estaba en etapa terminal, me sorprendió que al entrar en coma repentinamente, un doctor lo trató como si fuera "esencialmente un cadáver". Mi padre luchó con tremenda energía en contra de su enfermedad terminal, incluso después de la parálisis. Aquellos que lo vieron resistir nunca más han podido asociar la muerte con la inercia. La enfermedad lo atacó a la edad de sesenta y ocho, y murió antes de tener la oportunidad de envejecer. En una cultura antietarista, confundir la enfermedad o la vejez con la muerte sería condenado como una imposición prematura de "muerte social", así como confundir la enfermedad con la vejez sería mal visto y se consideraría un cruel error de categorización (Sudnow 1967: 65).<sup>11</sup>

### *Caso 2: en contra del etarismo en la mediana edad*

La invención de la "mediana edad" es una prueba definitiva del drástico cambio secular del "envejecimiento". Ahora que muchos luchan con el

<sup>11</sup> Véase mi sugerencia de que los viejos y los enfermos escriban sus propias memorias en vez de dejar que sus hijos de mediana edad expropian su experiencia para escribir "recuentos filiales de enfermedad y muerte" (Gullette 1997: 208-11). Woodward explica que el deseo de la mediana edad de ver al padre/la madre debilitado/a o humillado/a es un tipo de "complejo edípico inverso", en el que los hijos disfrutaban tomar el lugar del padre/la madre en el asiento de poder (Woodward 1991: 34, 37, 43).

significado de clase etaria, sería absurdo que cualquier persona dentro de la cultura dominante levantara su voz y negara su existencia. La mediana edad, que alguna vez fuera una peana sin etiquetas contra la cual se medían implícitamente las demás clases etarias, es ahora sólo un tema de interés especial, como la niñez o la vejez, pero que carece de un grupo de presión. Escribir sobre un invento que está en constante cambio ha sido uno de mis proyectos desde principios de los ochenta, desarrollado bajo el título *Midlife Fictions* (se volverá claro por qué mi propio trabajo es uno de los casos aquí tratados).

Los problemas que planteé siguieron expandiéndose. En la obra que luego se convirtiera en *Declining to Decline*, la primera pregunta era cómo demostrar lo que intuía: que en las últimas décadas, en los Estados Unidos, la categoría cultural "mediana edad" había reafirmado su estatus ontológico como parte del ser humano (Benson 1997; Hepworth 1987). El libro dio un gran paso al fragmentar la cacofonía de Discursolandia y presentar evidencia sobre la construcción social de la decadencia masculina. Las tiras cómicas, anécdotas y novelas acerca de "la entrada" a la mediana edad, los artículos periodísticos sobre cirugía plástica en hombres; todo esto cumplía la función de sugerir que los hombres de mediana edad, un grupo que antes había estado protegido por el doble estándar del envejecimiento, estaban siendo expuestos a una "estructura de sentimiento" relativamente nueva para ellos: la decadencia. Las mujeres absorbían del movimiento y la ficción feministas un sentido complejo de "progreso" en la mediana edad. Aun así, ellas también estaban siendo enfocadas por un sistema penetrante y engranado que promovía la decadencia en la mediana edad. Fue el haber agregado a los hombres lo que naturalizó más a la clase etaria. La universalización de la mediana edad deshace el trabajo del "envejecimiento positivo", aun si sus partidarios trabajan incansablemente para fortalecer la resistencia intrapsíquica. El envejecimiento se volvió una queja unisex, con exposición en la niñez o la adolescencia y que comienza en la mediana edad. Tuve que redefinir mi objetivo: explicar el poder creciente del etarismo en la mediana edad.

Mientras que mi campo de evidencias se hacía más extenso, la edad seguía siendo una herramienta analítica ignorada en casi todos los talleres teóricos. Sin embargo, descubrí ciertos desarrollos (críticos, socialistas, feministas, postestructuralistas) que eran útiles si se les concebía de nuevo, enfocándose en ellos de forma exclusiva y suficiente. Aquí escojo sólo algunos ejemplos. Los estudios de hombres profeministas me alentaron a examinar al género supuestamente privilegiado en su momento supuesta-

mente supremo, la mediana edad; mientras tanto, la izquierda feminista me permitió distinguir derecha/padre de capitalismo, lo que me animó a releer el patriarcado como una institución que está siendo apocada por la globalización. El antipositivismo implicaba que ya no tenía que dar respuesta a la pregunta "¿cuándo comienza la mediana edad?" con un número cronológico, como aún lo hacen varios científicos sociales. En vez de eso, podía preguntar: ¿en qué contexto?, ¿para qué tema?, ¿a qué nivel de empleo o consumo? Y esa negativa me ayudó a llegar al concepto de "imaginarios del curso de la vida". Foucault me llevó al análisis de Sandra Bartky sobre cómo el poder construye emociones como la vergüenza femenina (Bartky 1990). La sociología y la historia de las emociones me permitieron escribir sobre la construcción de las emociones en la mediana edad y sobre otros sentimientos relacionados con la edad. Por tanto, *Declining to Decline* comienza con una escena de ansiedad etaria.

La investigación histórica ya me había demostrado que las personas de la mediana edad nunca han sido homogéneas en cuanto a privilegios. Antes de 1900, cuando la "economía gerontocrática" era dominante, ¿qué bien le hacía la jerarquía etaria a los esclavos u obreros de mediana edad o a las mujeres que ya habían rebasado la edad reproductiva? Aquellos que estudian a los "padres" y a las "madres" en la historia, o en las películas y la ficción, deben estar conscientes de que es muy diferente ser padres de un bebé a serlo de hijos de mediana edad. Afortunadamente han comenzado a aparecer narrativas subdominantes sobre la mediana edad: los antropólogos culturales Katherine Newman y Thomas Weisner están realizando un trabajo muy interesante sobre este tema (Newman 1998: 259-93; Weisner y Bernheimer 1998: 211-58). A medida que se vuelve más difícil ignorar el rango completo de condiciones de la mediana edad, los sesgos clasistas del envejecimiento positivo parecen ser más notorios.

Dado que los contextos de la mediana edad son tan heterogéneos, tuve que ir más allá de pensar que mi evidencia era simplemente literaria o "alta" para comprender todos los artefactos de la ideología etaria. ¿De qué manera se formula un imaginario de la mediana edad para que los oyentes entiendan lo que implica "que cincuenta años no son nada", que sepan qué tonos de respuesta son posibles y qué refutaciones no? ¿Cómo circulan las ideas sobre la edad de una tira cómica a una conversación, o se tergiversan al pasar de los datos a la ficción? ¿Cómo es que las circunstancias extratextuales también presionan a los seres humanos para que tengan sentimientos y creencias más dañinos con respecto a envejecer y a pasar a otra edad de la vida?

La economía política feminista me obligó a no pasar por alto los datos económicos: encontré que pocos economistas disgregan las estadísticas del desempleo para descubrir los datos sobre la severa pérdida del empleo alrededor de los cincuenta. Las piezas que idealmente requiere un crítico etario —discursos, prácticas y condiciones materiales— se ensamblaron. Tenía un relato históricamente notable y de gran urgencia psicológica; el relato ya tenía nombre —crisis de la mediana edad—, aunque este nombre podía prestarse a malas interpretaciones: implicaba que lo que ocurre es sólo personal, intrapsíquico, trivial y ocasional, cuando en realidad el etarismo en la mediana edad es un peligro para la nación y para el curso de la vida. La pieza faltante era la resistencia: imaginar un programa político, un colectivo posible capaz de llevarlo a cabo, un yo más resistente que se sume a este colectivo.

Para alentar a ese yo, desarrollé el género híbrido itinerante que llamo "autobiografía etaria". Aunque la historia se niegue a revelar "la fuerza modeladora de la situación *actual* del escritor", como comenta Carolyn Steedman, la auto/biografía feminista y la antropología nos han mostrado formas de traer aquella situación a la vida (Steedman 1987: 21 [las cursivas son mías]).<sup>12</sup> Esta forma mixta me permitió ser un testigo actual, y de alguna manera me obligó a serlo. Escribí acerca de ser arrastrada por la historia, acerca de aprender a contar mi propia y diminuta narrativa esperanzadora sobre el progreso cuando era una niña cuyas lecturas estaban empapadas de la frialdad de la Guerra Fría, y acerca de sentirme obligada por la cultura del *shopping* y por la terapia de reemplazo hormonal a aplicar la narrativa de la decadencia a mí misma durante la mediana edad. Escribí sobre mi madre y sobre mi hijo, como lo hago ahora. A ellos no les molesta que cuente sus historias privadas, pues escribir en contra de ciertas imposiciones puede liberar a todas las generaciones.

Dado que cada vez partí de momentos indelebles de confrontación cultural, salté rápidamente entre mi vida y la de ellos; busqué no privilegiar de forma consistente el estudio de un segmento de la vida. Estaba consciente de que yo no estuve influenciada por la generación X cuando tenía la edad que tiene ahora mi hijo, y que no disfruté de la seguridad de la mediana edad, tanto a nivel financiero como corporal, que tuvo mi madre a esa

<sup>12</sup> Me vienen a la mente dos ejemplos: Ruth Behar y Lila Abu-Lughod.



edad. A través de los saltos de esta práctica comparativa, hallé otra forma históricamente justificable de romper con los estudios fragmentarios del tipo *slice-of-life*. A lo largo de la vida somos envejecidos por la cultura. Me gustaría que las personas me explicaran cómo llegaron a esta conclusión. Algunos, que como Brennan meditan sobre las ventajas y desventajas de los intercambios de energía, y otros, que como yo divagan entre las biografías etarias de sus familiares, simplemente nos encontramos en un lugar crítico novedoso que va más allá de la obsesión por las etapas. Nos volvemos críticos etarios que de pronto tenemos imaginarios de todo el curso de la vida con los cuales lidiar, además de (y no en lugar de) partes aisladas. Esto cambia el objeto de estudio. Volveré a la nueva problemática que esto trae consigo después del tercer caso.

### *Caso 3: en contra de la "juventud en crisis"*

La juventud "está presente sólo cuando su presencia es un problema, o se considera un problema", según Dick Hebdige, quien ayudó a fundar los estudios sobre las subculturas juveniles en Gran Bretaña. El crítico cultural Lawrence Grossberg considera que la juventud es "un significante vacío" (Acland 1995: 28; Grossberg 1992: 175-77). El impresionante libro *Youth, Murder, Spectacle*, de Charles Acland, demuestra cómo una figura significativa de la juventud —"la juventud desatada"— ha sido llenada para crear una sensación de crisis en los Estados Unidos. La juventud desviada —"y esto es doblemente cierto para las juventudes afroestadounidenses e hispanoestadounidenses— se ha vuelto cada vez más central a nivel simbólico, [...] [y] se le define como una amenaza para la estabilidad del orden social". Acland nos advierte que la crisis descrita en su libro "no es la de la 'verdadera' juventud"; por el contrario, sostiene que se trata de "un constructo discursivo" que suele imaginar que la "juventud blanca con una movilidad cada vez mayor representa a los Estados Unidos en su conjunto". Al igual que la mayoría de los críticos culturales, cree que tales ficciones tienen "efectos profundos en la formación de un imaginario de la juventud, así como en las vidas reales de los jóvenes" (Acland 1995: 10, 20, 41).

El tema de estudio de Acland es la representación del crimen juvenil en los años ochenta y los debates que se generaron en torno a él. Se enfoca en el caso de un asesinato de una mujer de clase media alta (Robert Chambers ahorcó a Jennifer Levin en Nueva York en 1986, caso conocido como "*Preppy Murder*"), y sigue sus permutaciones a lo largo de los reportes noticiosos, la confesión del crimen, las fotografías, los editoriales, las películas para

televisión, los *talk shows*. Con cada medio demuestra cómo funcionó el discurso sobre el crimen: primero, cómo los dos personajes principales fueron narrados y cómo el sistema legal participó en esta narración; luego, cómo contribuyó este discurso al mantenimiento de las relaciones sexuales y de género y los estereotipos raciales tradicionales, y, finalmente, cómo se extendió la crisis.

Los detalles que presenta son fascinantes. La prensa eligió el asesinato de Levin en lugar de una violación múltiple y asesinato que fue presenciado por oficiales de la policía que no hicieron nada para detenerlo. La difunta fue presentada como una seductora pervertida, como si hubiera tenido el "papel masculino del violador", mientras que al asesino se le asignó el papel de "chica bonita pero tonta" que hizo lo que Levin le pidió hasta que las cosas se salieron de control. Las confesiones de Chamber parecían revelar "la verdad de la sexualidad femenina adolescente", más que la verdad de su propia misoginia e histeria sexual masculina. Acland argumenta que "a medida que el crimen inicial está siendo dejado muy atrás, una crisis general de la juventud se ha establecido [a través de] la actividad incontrolable de las llamadas de alerta" (Acland 1995: 14, 48, 73, 83, 112).

¿Cómo puede ocurrir todo esto? Acland nos proporciona algunas pistas: "la siguiente generación, como concepto retórico, ha traído consigo la impresión de visión y esperanza", aunque ahora los jóvenes "no pueden esperar tener, ni remotamente, la misma calidad de vida que tuvieron sus padres" (Acland 1995: 4). Por influencia de los estudios etarios, Acland está tratando de determinar las repercusiones económicas y políticas que conlleva usar la clase etaria para construir una crisis. ¿Acaso a mediados de los ochenta varios padres e hijos adultos ya anticipaban un futuro decadente para "los jóvenes"? Fuimos testigos de la aparición del estereotipo del "bueno para nada" durante la primera recesión de la administración Bush. Luego pasamos años caracterizando nuevamente a la generación X como valiosos adictos al trabajo, que iban más allá del síndrome de los *boomers* y opacaban la crisis de la economía de la mediana edad.

Los estudios etarios también proponen que el estudio minucioso de una sola clase etaria puede estar acompañado (para empezar) de un cuestionamiento sobre cómo otras clases etarias se ven afectadas. Acland señala que la retórica de la juventud en crisis apunta su dedo inquisitivo hacia los "padres negligentes", en particular hacia las madres trabajadoras, y que todas las guerras etarias tienen un prejuicio conservador. "El concepto 'generación' no tiene una esencia fundamental excepto como problema", afirma previa-

mente (Acland 1995: 24). Diversas construcciones de la diferencia agravan los problemas para dos o tres generaciones y, tal y como él lo demuestra, también para los grupos marcados por la raza o el género.

Sin embargo, Acland mismo intensifica la diferencia generacional cuando inventa "la mirada disciplinaria del adulto" en la cinematografía y decide que tiene "una función patriarcal cuando intenta imitar las cualidades de lo económico social" (Acland 1995: 118). Es probable que la "mirada adulta" esté tomada del modelo de la "mirada masculina", un concepto de la teórica Laura Mulvey que sacó a la crítica cinematográfica de su niebla universalizadora y le dio una perspectiva de género. "La mirada disciplinaria del adulto" podría sin duda servir para el análisis en muchos campos. Mas el uso de Acland construye un monolito homogéneo de "adultos" censuradores. "La mirada patriarcal" podría ser un término más fructífero; al menos admite que el poder está distribuido de forma desigual entre hombres y mujeres adultas. Ignora el género de los cineastas (los cuales siguen siendo primordialmente hombres) y sus edades cronológicas y motivos psicológicos. Muchos de ellos le dan la espalda a la noción de perspectivas "adultas", debido a que sus espectadores ideales tienen entre doce y 28, o entre quince y 24, o ellos mismos son hombres jóvenes, o porque aunque sean más viejos siguen identificándose con su yo joven o con la juventud en general.

La tendencia a homogeneizar a los grupos etarios "más viejos" surge de un profundo problema de los estudios culturales: Leerom Medevoi parafrasea a Angela McRobbie<sup>13</sup> cuando dice que es su "larga aventura amorosa con la cultura juvenil masculinista [la] que le otorga un carácter romántico a la ruda rebeldía de los chicos de la clase trabajadora" (Medevoi 1997b: 165). McRobbie agregó a las jóvenes, lo cual fue una estrategia importante, aunque esto sigue otorgando una variabilidad intracohorte y una individualidad autoritaria únicamente a los jóvenes. Ciertamente, agregar a ese Otro que alguna vez fue ignorado, ese Otro sexualizado o racializado o marcado por el género, por lo regular simplemente fortalece una clase etaria. Existe cierto prejuicio contra la madurez per se. Para varios críticos culturales sería condescendiente sugerir que los valores o puntos de vista de la gente joven pueden mejorar a medida que "maduran". Acland lo expresa de una forma un tanto extraña: "La cultura de la juventud contiene

<sup>13</sup> El importante libro de McRobbie se titula *Feminism and Youth Culture* (1991).

todo el atractivo de ese tiempo contencioso que está *fuera* de la adultez". Tiene una concepción errónea del desarrollo; lo considera "el sencillo flujo hacia la adultez" (Acland 1995: 121, 137 [las cursivas son mías]). Tampoco se le ocurre que los actores que personifican a los padres a veces también encarnan otros modelos además del "económicamente productivo" o el absolutamente fracasado. (Me vienen a la mente Kevin Klein en *Life as a House* y Meryl Streep en *One True Thing*. La aparente reconciliación entre padres e hijos casi adultos es más fácil de imaginar para los cineastas si los padres están muriendo.) En los estudios sobre la juventud, envejecer y llegar a la madurez parece ser, en ocasiones, imposible de imaginar; la mediana edad, a través de una especie de defectuosa caída en desgracia, parece una "cultura parental" represiva e inexpressiva; las relaciones intergeneracionales parecen inherentemente conflictivas.

Los críticos, que han sido insidiosamente socializados por la ideología de la decadencia, pueden enfrentarse a ciertas dificultades al recordar que las diferencias al interior de una cohorte también son constructos, o al reconocer que la sutil guerra del capitalismo contra la mediana edad es mala incluso para los jóvenes. No se dan cuenta de que su propio imaginario imita el culto dominante a la juventud, que el culto a la juventud refuerza el etarismo en la mediana edad, y que este último recrudece la gerontofobia. Ciertamente, los estudios etarios pueden tener conciencia de clase e incluso en muchas maneras ser antiagerárquicos, sin ser hostiles a priori al desarrollo, a la veteranía y a las políticas intergeneracionales.

### **La edad es un nuevo y afable demonio**

Cuando los críticos ponen en primer plano la clase etaria de su elección e ignoran o hacen menos a otras, suele ser por una buena razón, como puede ser enfocar la resistencia a la gerontofobia, el etarismo en la mediana edad y la juventud como crisis. Sin embargo, la fragmentación de la edad nos encierra en diminutos terrenos aislados construidos por la cultura dominante. El trabajo sobre la mediana edad que realicé antes de este lo demuestra: se volvió, de forma gratificante, más interdisciplinario sin salirse de ese campo. Incluso ahora considero que la corriente de los estudios sobre la mediana edad es fuerte. La diferencia es que, como crítica etaria, debo justificar este enfoque, algo que, desafortunadamente para todos nosotros, no es difícil de hacer. Todavía estamos muy rezagados en el camino de los estudios etarios. En términos generales —con sus honrosas excepciones—, contamos con estudios del tipo *slice-of-life* que son sofisticados, fascinantes y reveladores,

y es posible que pronto haya más, debido a que dicha pericia es difícil de obtener y sigue siendo valiosa.

Para llevar a cabo estudios etarios de forma apropiada, algunos críticos y teóricos requieren estudiar el concepto de imaginarios del curso de la vida, de modo que aquellos que se especializan en etapas específicas puedan trabajar con un sentido de la problemática global. (Algunos gerontólogos humanistas, como Jay Gubrium, trabajan con el concepto de "la vida completa", que los sensibiliza al escuchar a los informantes viejos. Mas el método de ir "en busca de la vida como un todo" no parece requerir de entrevistas a los ancianos sobre su exposición a las sucesivas culturas etarias del siglo XX, ni de hacer ese mismo tipo de preguntas a los jóvenes, las cuales nos permitirían otorgar una perspectiva histórica a los imaginarios [Weiland 2000: 238-40].)

Ciertamente, las representaciones de las crisis de la vejez, la mediana edad y la juventud operan de manera simultánea en la cultura estadounidense, de formas antagonistas y curiosas. Debería haber cierta especulación con respecto a si estas "tres" crisis se interrelacionan y de qué manera lo hacen (y si, como he demostrado, existen muchas más que sólo tres). ¿Estas crisis estarán secuenciadas en la "imaginación popular" de tal modo que los actuales adultos jóvenes creen en ellas y anticipan para sí mismos uno u otro imaginario de su época? ¿Violencia y falta de respeto al principio de la adultez; caminos rígidos y *rigor mortis* del otro lado; en el medio, jubilación prematura forzada, ya sea literal o metafórica? O quizá, para alguna clase más alta, belleza, flexibilidad y promesas en la juventud; consumos excesivos, larga vida y amigos comprados al final; en el medio, una competencia entre el síndrome "demasiado tarde" y una alta curva edad / salario, llegada positiva y saludable a la mediana edad, jubilación por elección. Decadencia o progreso, con todo el posible rango de respuestas genéricas, desde la resistencia heroica hasta la desesperación.

Sin embargo, debemos cuestionar si la gente de las diferentes cohortes "lee" esa misma secuencia. Si eres un niño que entra o sale del museo de ciencia, no estás aprendiendo las mismas narrativas que aprendían los niños en los años cuarenta. Si tienes treinta años, es probable que estés haciendo una lectura errónea o que te estés saltando los capítulos que se supone que los *boomers* deben estar atendiendo. Si tienes ochenta, es posible que "la mediana edad" no tuviera el mismo significado que tiene para los que ahora tienen cincuenta. No sirve de nada contestar con brusquedad, "Todo esto es irreal" o, en todo caso, "¿Quién está hipostasiando las cohortes ahora?"

Las ficciones etarias tienen efectos, supuestamente diferentes, según la clase, raza, orientación sexual, y también según la etapa. Sin tener que reificar toda la construcción de la cohorte, deberíamos ser capaces de investigar esta hipótesis. Hay una pregunta final: ¿será posible, fenomenológica o lógicamente, que el estatus social de todas las clases etarias *qua* clases etarias esté en decadencia? Aun cuando se es lo suficientemente privilegiado para leer o escribir la versión de la clase alta de la narrativa progresista, ¿existe un dejo amargo al ser recordado que se tiene una cierta edad? Esto vendría de la metateoría histórica de que la edad se está volviendo una identidad cada vez más totalizadora y negativa.

Un politólogo predijo en los años noventa que los debates sobre políticas públicas se pondrían cada vez más en términos de "juventud versus vejez".

Es probable que para el próximo milenio la edad sea lo que la raza [y yo agregaría el género y la orientación sexual han] sido para la segunda mitad del siglo XX: un problema de alto perfil y muy divisorio para el cual será extremadamente difícil encontrar soluciones que funcionen (MacManus y Turner 1996: 252).<sup>14</sup>

Una vez que los términos inapropiados para un problema se han afianzado, las soluciones no hacen más que exacerbarlo. La ideología etaria será probablemente manipulada de formas conocidas: para construir biografías estándar que excluyan nuestra dulce particularidad —incluso cuando no terminen en pesar por el final de la vida—, para obligar a los grupos a combatir por los bienes supuestamente escasos, para dividir a la ciudadanía y a la fuerza de trabajo (y promover los estudios sincrónicos), para explicar la historia e imposibilitar la solidaridad intergeneracional. La forma en que se construye la edad es oportunista; para diversas fuerzas políticas altamente conservadoras es oportuna.

La teoría etaria está entrando en movimiento en el momento oportuno. Esa es mi esperanza. Necesita priorizar qué es aquello contra lo que quiere resistirse. Aquí me he adelantado al debate al identificar la fragmentación del curso de la vida como un enemigo gigante contra el cual enfrentarse. Mas los estudios fragmentarios del tipo *slice-of-life* per se no son el obstáculo principal al querer fomentar nuestra conciencia etaria. Podemos profundizar nuestras sospechas hacia las divisiones etarias y atribuciones por etapa,

<sup>14</sup> Para una revisión de los factores que pueden crear mayor o menor conflicto entre los grupos etarios entre ahora y el año 2020, véase Bengston (1993: 3-23).

aquellas que heredamos y aquellas que la ideología nos impone después. (Creo que tengo cierta ventaja porque nací antes que los *boomers* y no me sentí personalmente afectada por su falsa caracterización.) Varios críticos culturales y gerontólogos críticos aceptan que existe la necesidad de analizar los imaginarios del curso de la vida y de volver a teorizar "la vida completa". Las dificultades para la práctica son conceptuales, psicológicas, disciplina-rias. Incluso para los críticos etarios, fusionados y deconstructivos, la edad puede resultar ser la categoría más resistente a la erosión, el más biológico de todos los supuestos que damos por sentado e incluso (como parte de un curioso remanente de orgullo positivista) la única *verdad* que queda. Es más, cualquier crítico etario maduro en un momento dado escribe desde una edad, una generación, una experiencia histórica de envejecimiento, reconfortado por la ilusión de solidaridad generacional que viene de haber pasado de una edad a la siguiente.

Las generaciones deben unirse en contra del desmembramiento del curso de la vida. Al tiempo que deconstruyen las diferencias entre etapas y cohortes, los estudios etarios podrían también enfatizar la variedad de conexiones y continuidades: las similitudes y la reciprocidad entre generaciones familiares, las influencias mutuas, los vínculos entre los segmentos de vida ficticios y las aproximaciones hacia la "vida completa" (existen múltiples representaciones de estas, aunque parecen un tanto sentimentales [¿no son simplemente ideales?], a menos que se les promueva de manera explícita como resistencias a la fragmentación y a la guerra etaria). Kathleen Woodward cumple este requisito, además de haber reescrito la narrativa edípica al describir de manera conmovedora los lazos afectivos entre ella y su abuela. La historiadora Tamara Hareven demuestra cómo "una generación transmite a la siguiente los efectos de las circunstancias históricas que modelaron su historia de vida". Los psicólogos muestran cómo la individuación adolescente afecta a los padres de mediana edad. La compiladora de memorias Alix Kates Shulman, en *A Good Enough Daughter*, expone cuánto puede una cuidadora de mediana edad disfrutar a su frágil y graciosa madre que padece Alzheimer. Las críticas culturales Jenny Hockey y Allison James han encontrado que los tropos de la dependencia construidos para controlar a los niños se usan también para marginar a los ancianos (Woodward 1999; Hareven 1996: xiv; Shulman 1999; Hockney y James 1993).

Quizá la autobiografía etaria requiere encontrar maneras más persuasivas y valorizadoras de describir las formas de continuidad personal. Si fuéramos capaces de empezar la narración de nuestra vida desde una base

del curso de la vida completamente lisa, sería más fácil para el yo confeccionar de forma amorosa sus *propios* clímax y marcadores de vida (a los que Jo Spence atribuyó una gran importancia). Algunas feministas —como Margaret Urban Walker y Judy Long, por dar sólo un par de ejemplos— critican la narrativa continua ya que puede ser demasiado lisa, modelada de manera distorsionada para ser como las carreras (que antes eran todas de hombres) de las clases medias (Walker 1999; Long 1989). Mas la creencia en la continuidad no garantiza la ausencia de asperezas ni el progreso; no puede prometer nada más que una mayor medida de resistencia interna contra el desmembramiento y una capacidad intensificada de alerta hacia las amenazas externas. Si las personas tienen nombres para las vicisitudes del destino y de la historia a las que han sobrevivido (holocausto, exilio, contrarrevolución, depresión, tragedia familiar, enfermedad crónica), ¿no podremos entrenarnos para nombrar la aceleración y aquellas máquinas fragmentadoras a las cuales sobrevivimos? Sobrevivir a la ideología de la decadencia puede volverse algo más que un simple estilo de vida o una broma, algo más heroico, a medida que tomamos más en serio los asaltos de todas las deshumanizadoras máquinas de tiempo. La continuidad del curso de la vida podría ser visualizada de forma alternativa, en los lugares en los que tenga sentido, como basada en la metáfora de la *evolución* de las identidades. En mi opinión, la "mecha" podría ser tan sólo que el yo más reciente recuerda. Su útil arrogancia acerca de su derecho a contar sus historias a su manera podría multiplicarse exponencialmente para formar una resistencia, si la gente considerara que ser posesivo al contar sus historias —sin interferencia excesiva de las narrativas maestras— es un derecho personal y colectivo sagrado. De cualquier manera, poner de formas aceptables el acento en la continuidad psicológica va a importar más en este siglo, a medida que los teóricos etarios nos ponen en posición de contestar la pregunta "¿qué imaginarios del curso de la vida podemos desarrollar para reemplazar el modelo de crisis secuencial de las edades?" A medida que se identifican más subsistemas de la narrativa de la decadencia, nuestra creatividad conjunta tendrá que buscar ideales compartidos y plataformas políticas sobre las cuales construir un movimiento antidecadentista. Sin importar el nombre que le pongamos a este movimiento, ¿cómo podemos hacer del "curso de la vida" una causa significativa?

Intensificar la conciencia etaria es un requisito. Una pedagogía crítica puede formular un entrenamiento apropiado a cualquier nivel, desde programas para niños —como Head Start— hasta organizaciones para



viejos —como Elderhostel—. ¿Cómo podrían los profesores preparar a los niños menores de quince a enfrentarse a la cabina que digitalmente envejece el rostro en todas sus posibles formas? ¿Cómo podrían preparar a los padres y abuelos para que involucren a los niños que han pasado por la cabina? Los críticos etarios que monitorean los medios pueden tratar la "edad" como una especialidad para la cual se requiere pericia y poner a los sospechosos alegatos sobre la diferencia etaria a la defensiva. Los investigadores pueden proporcionar información que asegure a otros el valor subjetivo y la sensatez epistemológica de su causa.

¿Qué principios subyacen a un movimiento antidecadentista? ¿La objetividad? ¿Desde el punto de vista de qué edad? ¿La igualdad? La longevidad igualitaria es un derecho humano. Dado que está bastada en la salud y el bienestar desde el nacimiento y a lo largo del curso de la vida, podría congregarse a más seguidores del seguro de salud nacional. "La igualdad etaria", sin embargo, podría ser un objetivo algo traicionero. Los teóricos de las otras dicotomías corporales y los otros críticos culturales orientados a la juventud, que han luchado por la igualdad en otras áreas, no deberían caer en la trampa en este caso. Dentro del contexto capitalista neoliberal —aunque probablemente ocurre lo mismo dentro de cualquier contexto— no podemos permitirnos el automatismo de permitir ciegamente que la jerarquía etaria se escape de la memoria histórica. Si aquellos que están en la mediana edad fueran competidores "iguales" a los jóvenes en la fuerza de trabajo, la carrera salarial hacia el fondo ya habría sin duda pisado fondo. Debemos estar dispuestos a conservar el alegato de que, en las circunstancias históricas actuales, la jerarquía etaria es la única justa y universal, y que una jerarquía etaria económica y democratizada a lo largo de la vida laboral es la base de una sociedad decente. Los gerontólogos y politólogos, conscientes de la devaluación cultural que puede afligir incluso a los "viejos jóvenes" más prósperos, y los críticos culturales, preocupados por el futuro de la juventud, deben prestar su autoridad moral para mejorar y ampliar la legislación y las instituciones que reconstruyen la veteranía, sustentan los modestos clímax de edad/salario de la mediana edad y restringen las peores inequidades dentro de las clases etarias. Si dejamos de considerar a la mediana edad como una época de respeto, aparte de cualquier otra pérdida que traiga consigo, perdemos toda esperanza de luchar contra el etarismo y la gerontofobia en los Estados Unidos. Y, dado el alcance mundial de las multinacionales, cualquier pérdida de poder que puedan provocar aquí será más fácil de exportar a otros países. En Europa oriental, en el Sur

mundial (donde quiera que las clases medias se estén expandiendo, quizás asistidas por gobiernos que dependen de los ingresos fiduciarios seguros y de una alta tasa de empleo), el etarismo en la mediana edad puede evitar que las personas que envejecen y llegan a esta etapa obtengan una recompensa por su experiencia, ayuden a sus hijos, ahorren un poco y conserven su dignidad hasta la vejez. La edad es una causa, como la raza y el género, que legítimamente se alía con los principios de la narrativa de la libertad, la justicia económica y los derechos humanos. Hay muchas formas de contribuir a la revolución.

\* \* \* \* \*

*Studies in Optimistic Philosophy* (1903) fue el subtítulo de un famoso texto temprano sobre la longevidad. A comienzos del siglo XXI, los estudios etarios pueden empezar a ser optimistas conforme aprendamos conjuntamente a nombrar a todos los enemigos actuales del curso de la vida, incluso en nosotros mismos y en nuestras disciplinas, cuando podamos describir con precisión los métodos que emplean e instituir nuevas resistencias que tengan alguna posibilidad de tener éxito ●

**Traducción:** Ariadna Molinari

### **Bibliografía**

- Achenbaum, W. Andrew, 1997, "Critical Gerontology", en Anne Jameson, Sarah Harmper y Christina Victor (eds.), *Critical Approaches to Ageing and Later Life*, Open University Press, Buckingham, pp. 458-472.
- Achenbaum, W. Andrew, Steven Weiland y Carole Haber (eds.), 1996, *Keywords in Sociocultural Gerontology*, Springer, Nueva York.
- Acland, Charles R., 1995, *Youth, Murder, Spectacle: The Cultural Politics of "Youth in Crisis"*, Westview Press, Boulder.
- Bartky, Sandra Lee, 1990, *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Opression*, Routledge, Nueva York.
- Bell, Nora, 1997, "What Setting Limits May Mean: A Feminist Critique of Daniel Callahan's Setting Limits", en Marilyn Pearsal (ed.), *The Other within Us: Feminist Explorations of Women and Aging*, Westview Press, Boulder, pp. 151-159.
- Bengston, Vern E., 1993, "Is the 'Contract across Generations' Changing?", en Vern E. Bengston y W. Andrew Achenbaum (eds.), *The Changing Contract across Generations*, Aldine de Gruyter, Nueva York.

- Bennet, Tony, 1992, "Putting Policy into Cultural Studies", en Lawrence Grossberg y Paula Cary Nelson (eds.), *Cultural Studies*, Routledge, Nueva York, pp. 23-50.
- Benson, John, 1997, *Prime Time: A History of the Middle Aged in Twentieth Century Britain*, Longman, Londres.
- Brennan, Teresa, 1999, "Social Physics: Inertia, Energy, and Aging", en Kathleen Woodward (ed.), *Figuring Age: Women, Bodies, Generations*, Indiana University Press, Bloomington.
- Brown, Michael E. y Randy Martin, 1995, "Left Futures", *Socialism and Democracy* 9, núm. 1, primavera, pp. 59-90.
- Chudacoff, Howard, 1989, *How Old Are You? Age Consciousness in American Culture*, Princeton University Press, Princeton.
- Cole, Thomas, 1992, *Journey of Life: A Cultural History of Aging in America*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Conrad, Christoph, 1992, "Old Age in the Modern and Postmodern Western World", en Thomas R. Cole, David B. Van Tassel y Robert Kastenbaum (eds.), *The Handbook of the Humanities and Aging*, Springer, Nueva York.
- Graebner, William, 1980, *A History of Retirement: The Meaning and Function of an American Institution, 1885-1978*, Yale University Press, New Haven.
- Grossberg, Lawrence, 1992, *We Gotta Get Out of This Place: Popular Conservatism and Postmodern Culture*, Routledge, Nueva York.
- Gruman, Gerald J., 1978, "Cultural Origins of Present-Day 'Ageism': The Modernization of the Life Cycle", en Stuart F. Spicker, Kathleen Woodward y David D. Van Tassel (eds.), *Aging and the Elderly: Humanistic Perspectives in Gerontology*, Humanities Press, Nueva Jersey.
- Gullette, Margaret Morganroth, 1993, "Creativity, Aging, and Gender: A Case Study of Their Intersections, 1910-1935", en Anne M. Wyatt-Brown y Janice Rossen (eds.), *Aging and Gender in Literature: Studies in Creativity*, University of Virginia Press, Charlottesville, pp. 19-48.
- Gullette, Margaret Morganroth, 1995, "Inventing the 'Postmaternal' Woman, 1898-1927: Idle, Unwanted, and Out of a Job", *Feminist Studies* 21, núm. 2, verano, pp. 221-254.
- Gullette, Margaret Morganroth, 1997, *Declining to Decline: Cultural Combat and the Politics of the Midlife*, University of Virginia Press, Charlottesville (Age Studies Series).
- Hall, Stuart, 1992, "Cultural Studies and Its Legacies", en Lawrence Grossberg (ed.), *We Gotta Get Out of This Place: Popular Conservatism and Postmodern Culture*, Routledge, Nueva York, pp. 277-294.

- Hareven, Tamara K., 1995, "Changing Images of Ageing and the Social Construction of the Life Course", en Mike Featherstone y Andrew Wernick (eds.), *Images of Ageing: Cultural Representations of Later Life*, Routledge, Londres, pp. 119-134.
- Hareven, Tamara K. (ed.), 1996, *Ageing and Generational Relations: Life-Course and Cross-Cultural Perspectives*, Aldine de Gruyter, Nueva York.
- Hepworth, Mike, 1987, "The Mid Life Phase", en Gaynor Cohen (ed.), *Social Change and the Life Course*, Tavistock, Londres, pp. 134-155.
- Hockey, Jennifer y Allison James, 1993, *Growing Up and Growing Old: Ageing and Dependency in the Life Course*, SAGE, Londres.
- Katz, Stephen, 1996, *Disciplining Gerontology*, University of Virginia Press, Charlottesville.
- Long, Judy, 1989, "Telling Women's Lives: 'Slant,' 'Straight,' and 'Messy'", en David Unruh y Gail S. Livings (eds.), *Current Perspectives on Aging and the Life Cycle*, vol. 3: *Personal History through the Life Course*, JAI, Greenwich, Connecticut, pp. 191-223.
- MacManus, Susan A. y Patricia A. Turner, 1996, *Young v. Old: Generational Combat in the Twenty-First Century*, Westview Press, Boulder.
- Males, Mike, 2001, "The Myth of the Grade-School Murderers", *Extra!*, mayo/junio, 3.
- McRobbie, Angela 1991, *Feminism and Youth Culture: From "Jackie" to "Just Seventeen"*, Unwin Hyman, Boston.
- Medevoi, Leerom, 1997a, "Democracy, Capitalism, and American Literature: The Cold War Construction of J. D. Salinger's Paperback Hero", en Joel Foreman (ed.), *The Other Fifties: Interrogating Mid-Century American Icons*, University of Illinois Press, Urbana.
- Medevoi, Leerom, 1997b, "Reading the Blackboard: Youth, Masculinity, and Racial Cross-Identification", en Harry Stecopoulos (ed.), *Race and the Subject of Masculinities*, Duke University Press, Durham, pp. 138-169.
- Metchnikov, Elie, 1903, *The Nature of Man: Studies in Optimistic Philosophy*, Putnam, Nueva York.
- Moody, Harry R., 1993, "Overview: What Is Critical Gerontology and Why Is It Important?", en Thomas R. Cole (ed.), *Voices and Visions of Aging: Toward a Critical Gerontology*, Springer, Nueva York.
- Newman, Katherine, 1998, "Midlife Experience in Harlem", en Richard A. Shweder (ed.), *Welcome to Middle Age! (And Other Cultural Fictions)*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 259-293.
- Payne, Michael (ed.), 1996, *A Dictionary of Cultural and Critical Theory*, Blackwell, Oxford.
- Shulman, Alix Kates, 1999, *A Good Enough Daughter: A Memoir*, Schocken, Nueva York.

- Spacks, Patricia Ann Meyer, 1981, *The Adolescent Idea: Myths of Youth and the Adult Imagination*, Basic Books, Nueva York.
- Steedman, Carolyn, 1987, *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*, Rutgers University Press, New Brunswick.
- Stein, Gertrude, 1973, *Geographical History of America*, Vintage, Nueva York.
- Sudnow, David, 1967, *Passing On: The Social Organization of Dying in the County Hospital*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- Templeton, Robin, 1998, "Superscapegoating: Teen 'Superpredators' Hype Sets Stage for Draconian Legislation", *Extra!*, enero/febrero, 13-14.
- Walker, Margaret Urban, 1999, "Getting Out of Line: Alternatives to Life as a Career", en Margaret Urban Walker (ed.), *Mother Time: Women, Aging, and Ethics*, Rowman and Littlefield, Nueva York.
- Weiland, Steve, 2000, "Social Science toward the Humanitites", en Thomas R. Cole, Robert Kastenbaum y Ruth E. Ray (eds.), *The Handbook of the Humanities and Aging*, Springer, Nueva York.
- Weisner, Thomas S. y Lucinda P. Bernheimer, 1998, "Children of the 1960s at Midlife: Generational Identity and the Family Adaptive Project", en Richard A. Shweder (ed.), *Welcome to Middle Age! (And Other Cultural Fictions)*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 211-258.
- Woodward, Katherine, 1991, *Aging and Its Discontents: Freud and Other Fictions*, Indiana University Press, Bloomington.
- Woodward, Katherine, 1992, "Gerontophobia", en Elizabeth Wright (ed.), *Feminism and Psychoanalysis: A Critical Dictionary*, Blackwell, Cambridge.
- Woodward, Katherine, 1994, "From Virtual Cyborgs to Biological Time Bombs", en Gretchen Bender y Timothy Druckrey (eds.), *Culture on the Brink: Ideologies of Technology*, Bay Press, Seattle, pp. 47-64.
- Woodward, Katherine, 1999, "Inventing Generational Models: Psychoanalysis, Feminism, Literature", en Kathleen Woodward (ed.), *Figuring Age: Women, Bodies, Generations*, Indiana University Press, Bloomington.



Rodrigo González  
"La clásica"

Durante una concentración de la  
Convención Nacional Democrática en el Monumento a la Revolución.